

Especiosos pretextos para justificar la Intervención

—Continúa y concluye—

Gran Bretaña exige la devolución del dinero robado por el joven Macabeo — España, resentida por la pérdida de su colonia, acumula reclamaciones — El débil será eternamente la víctima del fuerte — La opinión pública era en Francia adversa a la intervención — En la mente del Emperador, Sonora era un nuevo Eldorado — Los grandes especuladores, fulleros, entran en actividad — México suspende el pago de la Deuda Exterior — Almonte anunciaba que los expedicionarios serían recibidos con disparos de rosas — Exorbitantes reclamaciones de Francia — Jugar el papel de víctima, constituía un muy lucrativo negocio — Mr. Wyke augura que los mexicanos preferirán la muerte a la ignominia.

ALFONSO ALFONSINA

CAPITULO XI

ESPECIOSOS PRETEXTOS PARA
JUSTIFICAR LA INTERVENCION

—Continúa y concluye—

Para el poderoso, el derecho del débil
deja de existir, en cuanto contraría la
satisfacción de sus apetitos.

DETENGAMONOS ahora a examinar, siquiera superficialmente, los argumentos aducidos por Inglaterra, España y Francia, la monstruosidad de cuyas absurdas e injustificables pretensiones, no acertó a detenerla al borde del precipicio en que para ella la aventura mexicana iba a convertirse.

INGLATERRA INCLUIA EN SUS EXIGENCIAS LA
DEVOLUCION DE LO ROBADO POR MIRAMON

En el convenio formulado entre el secretario de Relaciones don Manuel María Zamacona y el ministro inglés, éste resumió en la siguiente forma las reclamaciones de su país:

“1a. Entrega por ese gobierno, del dinero robado en la legación inglesa el mes de noviembre último, y que ascendía a la

suma de seiscientos sesenta mil pesos, así como de la que se tomó de la conducta de Laguna Seca, que originalmente montaba a cuatrocientos mil pesos, y una parte de la cual se ha devuelto después a sus legítimos dueños.

"2a. Que todos los atrasos que se deben a los tenedores de bonos por la suspensión de pagos de los derechos aduanales, que les están consignados por los convenios Dunlop y Al-dham, así como a la convención inglesa, se les pagarán, incluyendo, por supuesto, el pago de las cantidades depositadas en las aduanas al tiempo de esa suspensión de pagos, y que todavía no se habían entregado a los agentes de dichos tenedores de bonos.

"3a. El pago de intereses de las sumas especificadas arriba, desde la fecha en que fueron tomadas o retenidas, como compensación a los dueños de las pérdidas e inconvenientes que han sufrido por esos arbitrarios procedimientos.

"4a. Que se autorice por el gobierno a los agentes consulares ingleses en los puertos, para examinar los libros y dar noticia de las entradas de las diferentes aduanas marítimas, recibiendo directamente esos agentes de los importadores las asignaciones para los tenedores de bonos, de la manera que después convendremos".

Estas proposiciones fueron rechazadas por el Congreso; pero el ministro Wyke, en vez de disminuir, fué aumentando sus demandas.

RESENTIDA ESPAÑA POR LA PERDIDA DE LA RICA COLONIA AMONTONA RECLAMACIONES

España, por su parte, de tiempo atrás había venido acumulando incentivos de animosidad contra el gobierno republicano; animosidad que, en el fondo, atizaba el viejo resentimiento de haber perdido con México la más pingüe de sus colonias en América.

Entre las reclamaciones de aquel reino, incluíase el asesinato de cinco de sus súbditos, crimen que había sido ya castigado con la rápida captura, proceso y ajusticiamiento de los culpables; por lo que era un asunto irrefutablemente liquidado, de acuerdo con las más estrictas normas de la justicia y del derecho internacional.

Contábase también la expulsión de Pacheco, el ministro de Isabel II acreditado ante el gobierno de Juárez. Individuo a quien se obligó a abandonar el país en cuanto se demostró que se inmiscuía en la política interior, y que no era, en suma, más que un cómplice del partido conservador, que se escudaba en el fuero diplomático para favorecer intrigas y conjuras contra un régimen legítimamente constituido. La casa de Pacheco servía de escondite al Joven Macabeo; por todas estas razones, la expulsión estuvo perfectamente justificada.

España, pretendía también que el gobierno presidido por Juárez reconociera y diese cumplimiento al tratado Mon-Almonte, que se concertó en París, entre éste como representante de la administración de Zuloaga, y aquél como ministro de Isabel II, el 26 de septiembre de 1859. Convenio que, ratificando el concluído con Santa Anna en 1853, convertía a México en deudor de sumas muy cuantiosas y, además, le obligaba a cubrir fuertes indemnizaciones por los ya dichos asesinatos de españoles, perpetrados en San Vicente, Mor.

Pretensión más insensata aún, desde el momento en que precisamente por ese tratado oneroso y absurdo, el gobierno de Juárez declaró traidor a Juan N. Almonte.

EN VANO FUERON ANATEMAS Y PROTESTAS QUE ESTALLARON AL ANUNCIO DE LA EXPEDICION

Pero como cuando los poderosos se aprestan a aplastar al débil, todos los argumentos que para aplastarle aduce, son plausibles, y como Napoleón había manejado la política internacional con tanta habilidad como perfidia; Inglaterra y España se coludieron con él para llevar a cabo la incalificable empresa.

En vano, antes y después del envío de la expedición, resonaron en la tribuna de la asamblea legislativa francesa las voces, o previsoras o condenatorias de la oposición, que fulminaban condenaciones contra el atroz designio.

En vano circularon también adversas y vehementes opiniones impresas.

"El hombrecillo ancho de espaldas, corto de piernas y de voluminosa cabeza, que gesticulaba mirando confuso hacia

abajo con sus ojos mates en constante pesquisa" —según describe el archiduque Maximiliano a Napoleón, a raíz de haberle conocido en mayo de 1856—, estaba resuelto a comprometer a la noble Francia en la arriesgada aventura; o, por mejor decir, había la comprometido ya.

Edgard Quinet resumía la situación y referíase con valor al atraco a que los especuladores —como es costumbre llamar a los grandes fulleros internacionales mientras el éxito les acompaña—, con Morny y con Jécker a la cabeza, se arrojaban a mansalva, y sin que les contuviera la consideración de la sangre que iba a ser derramada.

**ERA INCONCEBIBLE QUE EL EJERCITO FUERE
SACRIFICADO POR UNA ILICITA GANANCIA**

El folleto de Quinet estaba redactado en un estilo candente y sus razones eran irrefutables. Transcribamos algunos de sus períodos:

"Decíase al principio que era necesario invadir a México porque nos llamaba; ahora es necesario invadirlo para castigarlo de no habernos llamado. Esta es la primera razón. La segunda emana de la situación política de aquella sociedad, que se agita y prefiere la agitación a la servidumbre. ¡Esto nos inquieta! Ese es un estado de cosas que no debemos tolerar. No podemos sufrir la libertad ni al través del Océano. Consideramos como un deber imponer a ese pequeño pueblo el silencio que hemos aceptado para nosotros. El habla demasiado recio, nos desagrada que se vea libre; caminaremos con gusto dos mil leguas, y gastaremos en caso necesario nuestras mejores tropas, para enseñarle lo contrario. Háblase también de un crédito de tres millones, transformado fraudulentamente en un crédito de setenta y cinco; y por obtener esa ilícita ganancia, enviamos un intrépido ejército a intimar al pueblo mexicano que vacíe al punto sus ciudades, sus pueblos, su capital; que entregue su independencia, sus instituciones, su libertad, su tradición como sospechosas, legadas por su historia, para que todo reemplazado por una monarquía austríaca. Si no se presta a hacerlo, dicha nación será aherrojada y encarcelada de padres a hijos, en el calabozo o el Spielberg trasatlántico que a bien tengamos escoger. He aquí las primeras razones alegadas para buscar tan lejos una ocasión de oprimir.

Yo no discuto tales razones, limitándome a decir que ocultan otras de que nadie habla. Esos motivos ocultos son los verdaderos, como voy a procurar demostrarlo. En 1781, la Francia puso el pie en América para ayudarle a emanciparse. Aquella expedición abrió la época nueva, y trajo la libertad al viejo mundo. En 1862 desembarca la Francia de nuevo; pero esta vez no se trata ya de emancipar: de violentar es de lo que se trata. En ambos casos encierra la cuestión los intereses de todo un mundo. **México no es más que un punto desde donde se espera dominar un hemisferio.** En 1781 la pequeña expedición de Lafayette y Rochambeau debía dejar tras de sí todo un continente libre. En 1862 la expedición de México, si se desarrollase cual ha sido concebida, dejaría todo un continente esclavo, o por lo menos sometido".

**EN LA MENTE CALENTURIENTA DE NAPOLEON III
SONORA SUPERABA EN RIQUEZA A LO CONOCIDO**

El historiador Pérez Verdía, comenta: "A estos bastardos intereses del Emperador y su ministro, se unía la ambición de adquirir una parte del territorio mexicano y especialmente Sonora, para fundar allí una colonia francesa que aprovechase las minas de oro y plata, que con una imaginación calenturienta suponían mucho más ricas que lo que pudieran ser en realidad. Estos móviles indignos se aparentaba cubrir con el proyecto de crear en América un Imperio latino que viniese a servir de valladar al engrandecimiento de los Estados Unidos y su influencia en Europa".

El famoso imperio latino sin latinos a que, como hemos visto en anteriores líneas, Ollivier se refería; proyecto que no era sino una máscara puesta en la faz de los móviles secretos, aquellos que no tendían sino a saciar una desmesurada codicia, por una parte, y por la otra a templar la fiebre de un fanatismo delirante. La guerra iba a ser entonces una guerra de religión y de despojo; por consiguiente, devastadora y sangrienta, como son de por fuerza todas aquellas que tan peligrosos impulsos encienden.

**A CREER A ALMONTE EL INVASOR OCUPARIA
LA REPUBLICA ENTRE DILUVIOS DE ROSAS**

Napoleón III había tramado magistralmente su complot contra México, y la alianza con Inglaterra y con España garanti-

ALFONSO

zábale, al parecer, el más indisputable de los éxitos, a brevísimo plazo.

Al decir de Almonte, la expedición armada iba a tornarse en un paseo triunfal por todo el territorio mexicano; pues que las tropas intervencionistas, desde que desembarcaran en playas nacionales hasta consumir la ocupación de las ciudades de mayor importancia, no tendrían necesidad de disparar un solo cartucho, y los únicos proyectiles que sobre ellos los habitantes descargarán, serán guirnaldas de rosas. En suma, los agasajos en honor de los intrusos, sucederían sin interrupción en las pequeñas como en las grandes localidades, y México, de un confín a otro confín, aclamaría jubiloso a los soldados extranjeros que venían a adueñarse de su territorio, y ungiríanles como a sus redentores...

¡Cuán tremenda, por este doble engaño, hubo de ser la decepción que los invasores sufrieron!

REDUCIDAS LAS RECLAMACIONES A DINERO LA DE FRANCIA RESULTABA LA MAS EXORBITANTE

Las tres potencias habíanse puesto de acuerdo sobre las respectivas reclamaciones en dinero. He aquí el porvenir, conforme lo presenta y lo comenta el historiógrafo Emilio Ollivier:

"Los ingleses, tenedores conocidos de casi toda la deuda mexicana, reclamaban 85 millones, los españoles cuarenta millones y otras potencias veinte millones. Todos estos créditos resultaban de convenios firmados, debatidos en libertad, incontestables. Los ingleses remitían a futuras convenciones el reglamento de las indemnizaciones motivadas por los últimos sucesos —el robo perpetrado en su Legación por Miramón y por Márquez—. Si Francia hubiera procedido en esta misma forma, sus reclamaciones hubieran sido mínimas (750.000 francos), ni aun siquiera un millón; pero sus plenipotenciarios exigieron imperiosamente, al margen de toda discusión contradictoria con el supuesto deudor, una considerable suma por los recientes daños.

"La convención de Londres no autorizaba este procedimiento exorbitante; no refrendaba sino las obligaciones CONTRAIDAS, es decir, líquidas, fuera de todo litigio: créditos reclamados, pero no regularizados, no son obligaciones CON-

TRAIDAS. Sin embargo, Thouvenel —a la sazón Ministro de Negocios Extranjeros en el gabinete francés—, había autorizado esta primera infracción al acuerdo; pero previsoramente no admitido sino la moderada suma de diez millones. Nuestros plenipotenciarios reclamaron sesenta, a los que sumaron setenta y cinco por el saldo íntegro del crédito Jécker. Esta monstruosa exageración de cifras era una duplicidad de la política de intervención. Queríase apartar el argumento que volvería a esgrimir Louis Favre si la reclamación se limitaba a la deuda líquida (750.000 francos): "¿por una suma tan miserable acometéis una empresa tan lejana y tan onerosa?" El motivo verdadero de la expedición, que aun se creía necesario encubrir, hubiera quedado muy pronto al descubierto".

INDIGNADO EL INGLES HABLA DE QUE ERA MUY LUCRATIVO NEGOCIO HACERSE VICTIMA

El autor que venimos citando, recalca que admitir las exigencias del gobierno bonapartista, equivalía a intimar por ultimátum, a un país en la miseria y cuyo presupuesto anual apenas si producía cincuenta millones de francos, el pago de doscientos millones.

Una vez en Veracruz, al empezar el representante inglés a conocer el monto exagerado de las abusivas reclamaciones francesas, puso el grito en el cielo; pero su estupor no reconoció límites cuando escuchó que el crédito de Jécker subía ya a setenta y cinco millones de francos.

Entonces explicó al plenipotenciario francés el descarado tráfico que a la sombra de las indemnizaciones se llevaba a cabo. "Constituirse en víctima había venido a ser un oficio lucrativo. Más de una persona hacía encerrar algunos días para arbitrarse una gruesa suma de dinero".

Aun aquellos que efectivamente habían sufrido daño, exageraban los perjuicios en forma fantástica: "... sesenta millones para indemnizar a VEINTITRES franceses que habían resentido muy leves molestias... ¡ni pensar! Cuanto al crédito Jécker, una auténtica estafa, no se debía por ese concepto ni un sólo céntimo. Suscrito por sublevados sin ninguna autoridad, declarado anticipadamente nulo por un decreto normal de gobierno legítimo, no tenía valor sino contra Miramón, y se desplomaría

junto con él. Jécker y quienes habían aceptado sus beños, habían apostado sobre la buena estrella de Miramón, y si habían perdido la partida, tanto peor para ellos; no correspondía a Juárez pagar los obuses y los cartuchos empleados en combatirle”.

Es también la serena pluma de Ollivier la que, en una nota, da idea exacta de las exacciones a que los reclamantes extranjeros sin escrúpulos, puestos ya en el terreno de sacar la tripa de mal año, llegaban; como llegaron cuando se trató de especular con las demandas por pérdidas —verdaderas o imaginadas— sufridas cuando la no menos famosa, aunque mucho más breve “Guerra de los Pasteles”: “. . . Después de la expedición contra San Juan de Ulúa, el gobierno de julio había impuesto a México una contribución de tres millones. Cuando se quiso distribuirlos entre los quejosos, se encontró que en su mayor parte las reclamaciones eran tan injustificadas, que un millón quedó sin ser aplicado

MR. WYKE AUGURO QUE LOS MEXICANOS PREFERIRAN LA MUERTE A LA IGNOMINIA

A las observaciones de Mr. Wyke, Dubois de Saligny replicó que con posterioridad quedarían justificados todos los créditos cuyo pago el gobierno de Francia exigía, y adujo que la convención de Londres, por la que las tres potencias se comprometían a ejercer una acción conjunta para coaccionar al gobierno de Juárez, vedaba a los plenipotenciarios controlar sus recíprocas reclamaciones.

La contrarréplica de Mr. Wyke, encerró una profecía, cuando declaraba a Saligny: “—Estad cierto de que ese contrato escandaloso y leonino, no será aceptado por el actual gobierno ni por ningún otro; los mexicanos preferirán desafiar las consecuencias de una guerra desigual, a la ignominia de ceder a una pretensión injusta”.

Con que el delegado inglés demostró conocer a maravilla el terreno que pisaba; porque, efectivamente, los mexicanos prefirieron desafiarlas, dispuestos antes a perecer que a someterse.

Caracteres de los Plenipotenciarios y sus divergencias al hallarse en Veracruz

Jurien de la Gravière, instrumento ciego de su soberano — Dubois de Saligny, dipsómano impenitente — Moderación inglesa y fanfarronería española — Prim empieza a sentirse un Hernán Cortés redivivo — Saligny acúsale de incubar ambiciones imperiales — Bazaine y hasta Saligny mismo soñaban también con erigirse en los amos supremos de México — El horizonte se ennegrece para la República — Juárez y la defensa del territorio — Bandas de forajidos españoles encarbolan la bandera de su patria — El vicecónsul de España en Querétaro reprueba el ultraje a su enseña.

ALFONSO